

La muerte siempre sorprende **“Adiós, Jairo Aníbal Niño”**

Enfrentarse a la parca siempre es un acto horrendo. Los momentos en los que aparece en nuestras vidas son los más desasosegantes y desconcertantes de nuestra existencia.

Este año me he tenido que enfrentar a esa experiencia varias veces; algunas frente a la pérdida de escritores que me han acompañado en mis soledades y en mis horas de encuentro con la verdad, con la palabra literaria, como Saramago, o como la titiritera Sarita Bianchi, de Argentina, con la que tuve la oportunidad de compartir escenarios, literatura y vinos; otras, he visto partir a jóvenes a los que la implacable parca ha segado la vida a destiempo. Inexplicable dolor ante las lágrimas de padres, hermanas y amigos que no encuentran palabras para entender la sinrazón.

Hoy la muerte, siempre compañera silenciosa de nuestras vidas, me trajo los recuerdos, las palabras, los versos, la sonrisa y los ojos de eterno niño de Jairo Aníbal Niño. Lo conocí hace más de 18 años. En aquel momento, lo iluminaban los focos del Paraninfo de la Universidad de La Laguna, en Canarias; pero él, deslumbraba con su propia luz. Era él, era único. Fue fácil contactar. Vivía para comunicar y comunicarse. Y cuando aprendías a deambular por su mundo de hadas, duendes que regalan chocolate y mágicas viejecitas, sabías que habías hecho un nuevo amigo. Un amigo de los niños, de la ternura, del amor, de la vida y de la palabra.

Después compartí unas semanas de trabajo con la literatura en Buenos Aires, nos reencontramos en Los Silos, en el Festival Internacional del Cuento, y años después compartimos una semana gloriosa en Puerto Rico. Y cada vez que lo reencontraba redescubría un alma de niño que no paraba de asombrarse ante los sabores, ante los olores, los colores o los sonidos que conforman el paisaje de cada lugar. Y todos los amigos que compartíamos el trabajo con él acabábamos jugando con los seres mágicos que siempre lo acompañaban.

Y el Niño de Jairo, siempre allí, sorprendiéndonos, ayudándonos a ver el mundo. Hace pocos días un admirado escritor canario, Juan Cruz, dijo una frase que me sorprendió; “Hasta que un canario no conoce América Latina, no comprende Canarias”. Al escucharlo recordé el día en que Jairo Aníbal me explicó el por qué me gustaba tanto América. Sentados en un parque hermoso de San Juan de Puerto Rico, yo le dije que cada día me gustaba más su tierra. Sudamérica, poco a poco, se metía dentro de mí y se hacía imprescindible. Él me respondió: “Es que en América se sufre, y, como se sufre, se vive”. Desde aquella apacible mañana, esa frase me acompaña, como tantos versos y cuentos de sus libros.

La alegría de querer, Zoro, Preguntario, El monte calvo, El baile de los arzobispos y tantos títulos, cerca de cuarenta, que han hecho felices a incontables niños y niñas. Galardonado y reconocido con premios y estudios universitarios era, quizá, su mayor logro no haber matado al niño interior, al ser con capacidad para el asombro.

Nació en Moniquirá en 1941 y vivió sembrando ternura. Haciendo que el asombro, la memoria y el amor fuesen comprendidos por niños y niñas. Sabía trabajar con la ingenuidad, con la sorpresa y con la búsqueda de la palabra precisa. Él trató de sintetizar las historias en los elementos más poéticos, para así llegarnos a los sentimientos, a partir

de los trazos esenciales de lo relatado. Unos aviones de papel, un solfear amoroso, un cuaderno olvidado... Cualquier elemento podía llenarse de poesía y construir con él una historia.

Recordando los micro relatos de su hermoso libro *Preguntario*: “¿Qué es un gato? Un gato es una gota de tigre” y “¿Qué es el tigre? El tigre es un aguacero de gatos”, yo podría preguntar: ¿Qué era Jairo Aníbal Niño. Jairo Aníbal era un chaparrón de magia”.

Seguro que cuando la muerte lo cogió de la mano para llevárselo, él le recitó muy bajito uno de sus más bellos poemas.

¿Qué es la despedida?

La despedida es una mano
que es un pañuelo
que es el corazón
y la distancia.

La despedida es una mano
que es un pañuelo
que es una mano
en el corazón
de la distancia.

Y seguro que ella, sorprendida, aguantó una lágrima y sonrió. Y, como en el hermoso cuento *El pato y la muerte*, pensó: ¡La vida es así! Y se sorprendió de su trabajo y recordó al escritor, a la titiritera, al chico al que no le dio tiempo vivir y a tantos incontables que había ayudado a pasar el río. Miró a aquel viejecillo con cara de Niño el lunes 30 de agosto y sonrió con cierto aire de tristeza. Ella tampoco entendía bien su trabajo.